

Año 1.
 Num.
 15

La Caricatura

29
 Octub.
 1892



Dos aficionados.

—:Qué reposo, qué calma respira el cuadro!
 :Qué calma, qué reposo, qué sencillez!

Véase la última



LA SEMANA



De todo cuanto permite. Cánovas que pase, lo más divertido es la política.

No es que lo demás sea triste, sino que los acontecimientos son bufos.

Cánovas duerme en el Romeral: impresión, conmoción, estupefacción; baja la Bolsa; cambio de política; los

que tomaban chocolate (con regalo), en Gobernación, se van á tomarlo (con sorpresa), en la casa de la Villa; Villaverde refunfuña; Silvela se reconcentra; el partido abre un palmo de boca; la prensa grita; el país se indigna; Bosch sonríe, y Dato, con la pluma en la oreja, mira fijamente á Santoyo y dice:

—¿Estaremos haciendo el oso?

Y Santoyo contesta melancólicamente:

—Sí, señor, está usted haciendo el oso.

Vamos por partes. Ante todo díganme ustedes si el hecho de dormir en el Romeral es en efecto tan peligroso para la paz del alma y el perfecto dominio de sentidos y potencias.

Ya sé yo que hay filtros embriagadores, y que Romero es capaz de haberse afilado las uñas y echado las raspaduras en el vino del inocente huésped, que á consecuencia de esto, se habrá sentido después *loquito perdido*.

De lo que yo dudo es de que haya nadie tan valiente que se atreva á fumar un pitillo con Cánovas, una vez que éste se haya puesto el gorro de dormir.

Y no se me diga que esto es tomar el rábano por las hojas; porque en primer lugar, declaro solemnemente, con la mano puesta sobre el pecho, que yo no tomo el rábano por ninguna parte, y en segundo lugar, si no se trata de eso, ¿por qué escandalizarse á cuento de que Cánovas duerma en el Romeral?

Que Cánovas da á entender con eso que le parecen de perlas los rasgos de Bosch y de Romero... Pero, ¿de veras esperaban ustedes otra cosa? Eso es gana de hacer reír, hasta hacer la competencia al *Titirimundi* de Taboada. Cánovas ha estudiado en los mismos libros; (en los de Bosch y Romero; no, en el *Titirimundi*, por desdicha).

—Porque antes de dar las cartas, cualquier baraja un poco.

—Pero por lo visto se guardaba usted el as de la muestra. Esas quince mil pesetas...

—Las destinaba á redimir *polonesas* de concierto.

—¿Eh?

—Sí, señor, de las que han llevado engañadas al harem del Gran Turco. Ya han vuelto cuarenta y nueve, y si viera usted en qué situación.

En resumidas cuentas, el hombre era sensible y le tenía tirria al Gran Turco. Esto y las 15.000 pesetas era todo.

En concepto del Sr. Gayo, el alcalde de Madrid padece una sensibilidad análoga. En cuanto ve una escritura de expropiación ya quisiera redimirla.

Así como á Sánchez Moguel le da por matar, y en el calor de la improvisación ha matado á la universidad de Salamanca ó iba á matarla, diciendo que la de Madrid había heredado la importancia de aquélla.

Gracias á que se encontraba allí el señor Cuesta, que acudió á las voces de la agredida, y todo se quedó en *status cociis*.

Refugiémonos en la *kermesse* celebrada por el Círculo de la Unión Mercantil, único festejo celebrado hasta ahora, por lo mismo que no ha intervenido en él nuestro dignísimo Ayuntamiento.

¡Qué espectáculo! Más de cien señoritas, y muy guapas por cierto, dedicadas á la caza en coto cerrado.

Los caballeros, aprisionados por la belleza y la amabilidad de las jóvenes, más aún que por la verja de los Jardines, andaban azorados como liebres, recibiendo una perdigonada en cada revuelta y soltando su preciosa sangre (léase plata menuda), en manos de las inexorables y bellísimas pedigüeñas.

Algunas, como los cobradores del tranvía, querían cobrar dos veces. Y cobraban como ellos, una en dinero y otra en piropos.

Pero no como los que el público dedica á los *pick-pockets* del Norte, ó del Este, ó de la Cebada.

Un cartero ladrón, ó por mejor decir, un ladrón metido á cartero, ha intentado cobrar por segunda mano un talón del Banco, importante 15.000 pesetas.

Y como nunca segundas partes fueron buenas, la segunda mano le ha cogido por el pescuezo y ha entregado á la policía al nuevo Aquiles con el talón vulnerable y todo.

En aquel momento, el sujeto hubiera preferido ser cojo á tener tres talones.

—¿Por qué lleva usted en el bolsillo tantas cartas?—le dijeron.—¿Por qué no las da usted inmediatamente?

Para dar una idea de la animación y de la esplendidez (general y particular) que reinaron en la fiesta, baste decir que contribuyó el amigo Puño en rostro, hombre tan tímido de bolsa, que un día en que se vió comprometido á dar limosna á un cojo, enarboló ante el bastón para ver si corría.

Afortunadamente el cojo se cayó de espaldas y obtuvo la limosna. Si no hubiera sido por la caída, hubiera corrido más que un galgo, y...

Puño en rostro es hombre que posee una casa magnífica y ha hecho dos reformas en la escalera. Primera, reforzar los peldaños con planchas de hierro junto al borde. Parece que va uno pisando con falsilla, como dice Ramon Carrión. Segunda, un cordón que corre á lo largo de la escalera y por mitad de ella, obligando á los que suben y bajan á ir junto á la paredó junto á la barandilla. Así dice que gastan los peldaños por igual.

Durante la *kermesse* no ví á Puño en rostro ni me extrañó su ausencia.

Pero le encontré á la salida, y ¡oh asombro! llevaba una flor en la solapa.

—La habrá cogido del suelo—pensé mientras le saludaba.

Y desde entonces estoy dudando, ni más menos que Martínez Campos que, á estas horas no sabe todavía, quiénes han triunfado si los invasores ó los defensores.

Para la infanta Isabel no ha habido mucha real al volver á Madrid.

Ha vuelto de su viaje á la chita callando.

Pero á la chita callando se ha gastado seis mil duros.

Harpagón hubiera hecho viajar los seis mil duros.

Linares Rivas ha invitado á algunos poetas de distintos matices á la reapertura de la sala de Isabel II, en el Museo Nacional.

Nadie sabía en qué concepto ni para qué había sido invitado Venancio González.

Pero lo sabía perfectamente Linares.

Venancio y él se llevaron dos horas hablando de las obras de albañilería.

F. SERRANO DE LA PEDROSA



EL MORALISTA



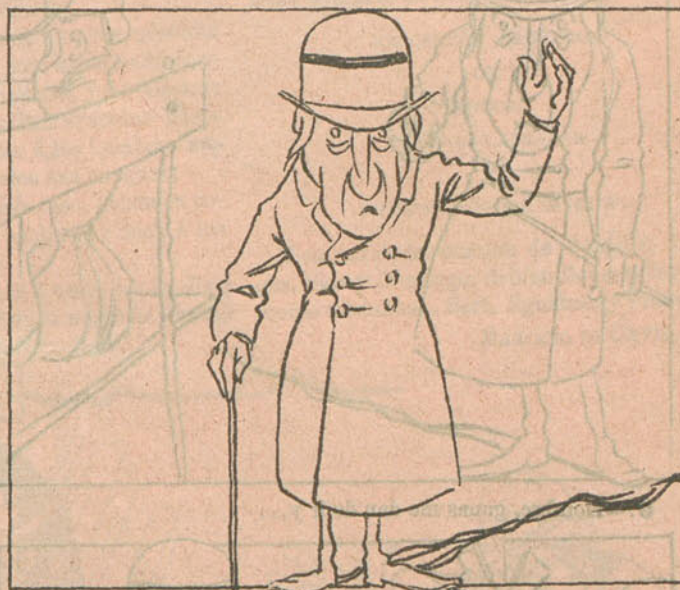
1.—La moral ¡ah! la moral.



2.—Sin moral no hay sociedad, ni familia, ni...



3.—Porque ¿qué sería del hombre sin la moral?



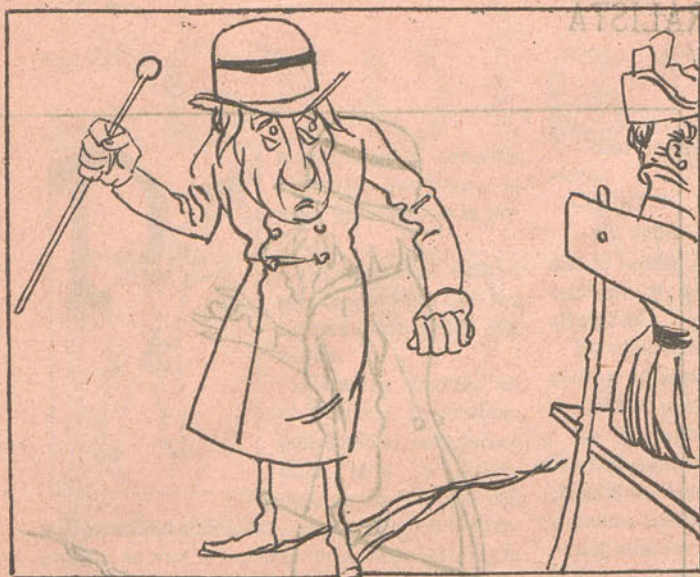
4.—¿Qué de la juventud?



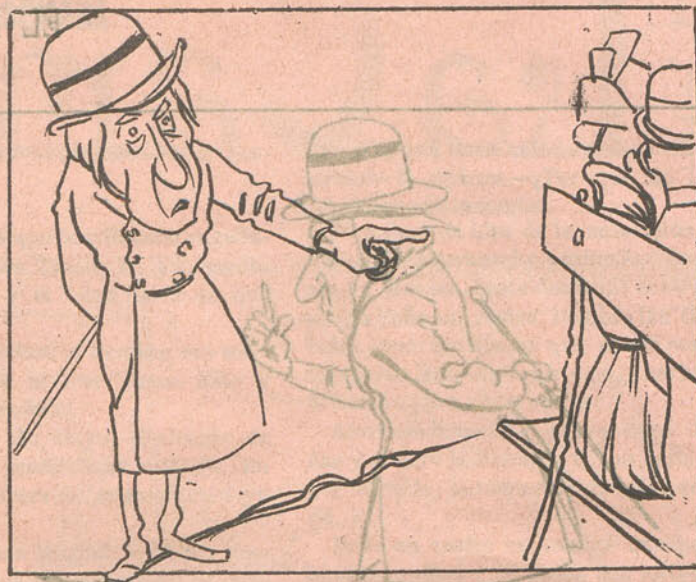
5.—Se corromperían las costumbres.



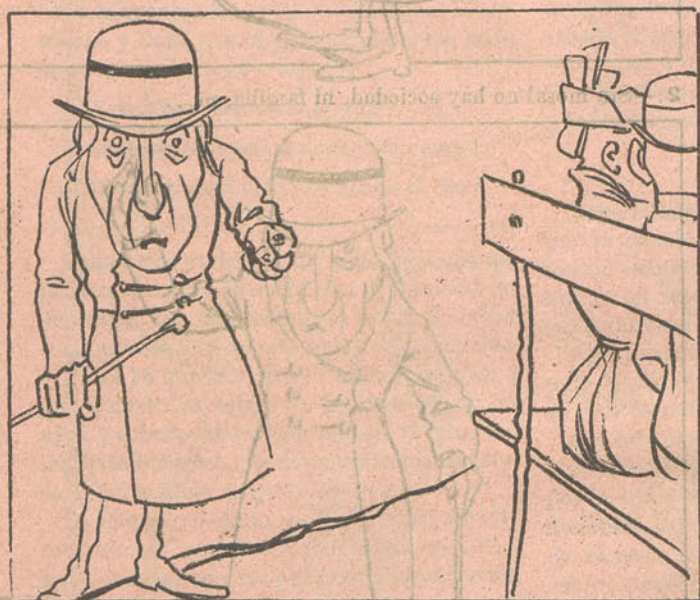
6.—Se desquiciaría la humanidad.



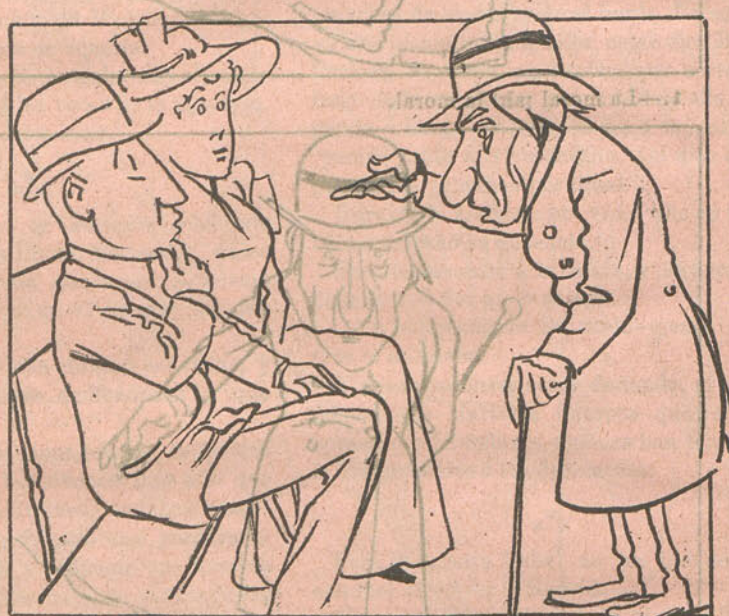
7.—Se aplastarian las...



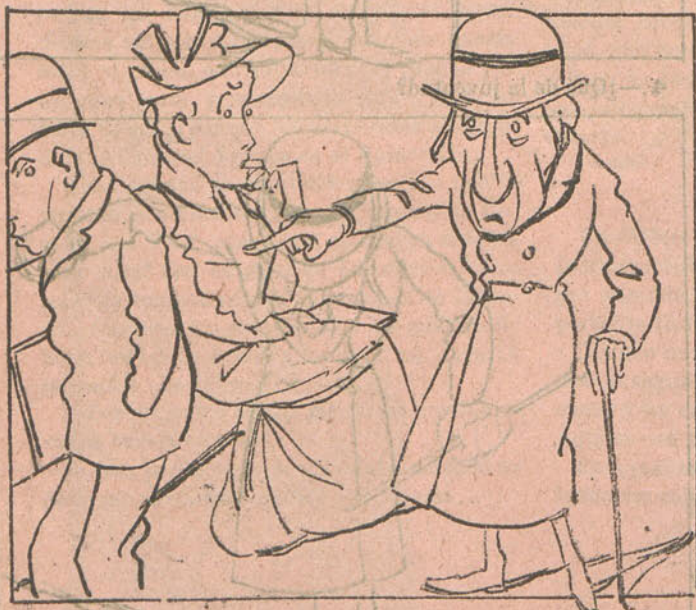
8.—He ahí el mal ejemplo, la falta de moral.



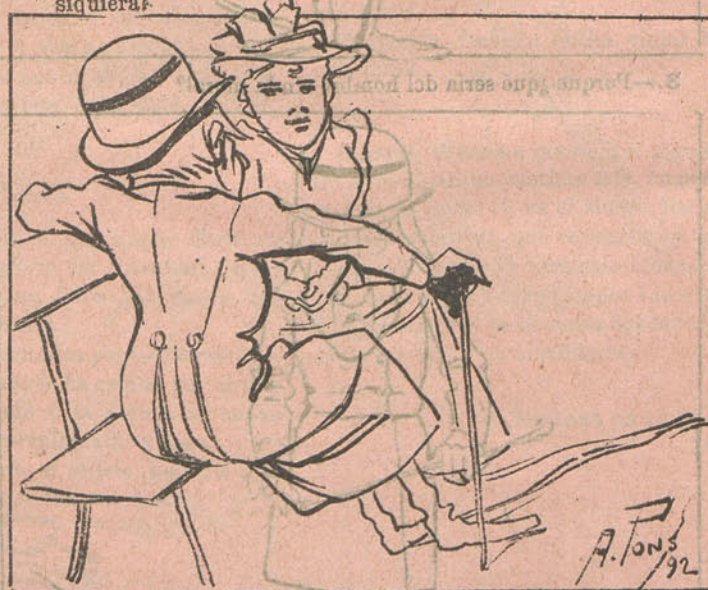
9.—Hombre, ganas me dan de ir y...



10.—Oiga usted, mequetrefe. ¿Está esto bien, medio bien siquiera?



11.—¡Largo de aquí! Pues hombre, ¿y la moral?



12.—Conque... viuda ¿eh? y... ¿vive usted sola?

¡ANDE EL MOVIMIENTO!



Se abrió, por fin, la Exposición nacional de Bellas Artes sin que hubiera desgracias que lamentar en el crítico momento de la operación.

Tan *preñado* de desdichas y fieros males se presentaba aquello, que Linares Rivas tenía ya pedido el «forceps».

Pero pasó la mala noche, y con efecto, nos han parido... hija.

¡Ay, hija, qué Exposición!

Nunca han estado las bellas artes más expuestas... á perecer.

Aquello es el *delirium*, pero no el *tremens* (aunque algo puede influir la *trementina*, y si no, que lo diga Bofill, en el tal delirio) sino el *delirium memens*.

Hay honrosas y aun honrosísimas excepciones, pero la regla general no es una regla sino una vara de fresno; porque sale uno de allí como si le hubieran dado una paliza.

El Arte es el demonio, ha dicho no sé quién, y nuestros artistas, por justificar la máxima, se han entregado á toda clase de diabluras.

Eso sí; lo que no va en calidad va en cantidad.

Desde el príncipe altivo de las artes hasta el que pinta en ruin pandereta, el grito unánime de nuestros pintores, es el del «curda», que dice en el *café de la Libertad*:

—¡Venga tela!

A juzgar por lo que allí hay, han debido quedar agotadas en toda la Península las existencias de lino, cáñamo y algodón.

¡Temblemos!... Al encontrarse los pintores sin «primeras materias» son capaces de congregarse, cual nueyes hunnos, y de lanzarse sobre la mísera humanidad armados hasta los dientes, para arrebatar á los hombres sus calzoncillos y á las mujeres sus enaguas.

Antes de que llegue ese caso, debemos coligarnos los ciudadanos pacíficos y decir á los pintores:

—¿Queréis tela? Pues id á escuchar un discurso de Fabié, ó pedid la destitución de Bosch, que para rato tendréis tela cortada.

¡Y no digo nada de la madera que hay en aquellos vastos almacenes! La empleada en marcos y molduras bastaría para agotar los pinares de Cuenca, si no los hubieran agotado ya los «irregularizadores».

¡Y tampoco hablo de aquellas enormes cantidades de bermellón, azul de Prusia, blanco-cera de Matilde Díez, berrendo en colorado, amarillo sí, amarillo no!...

En fin, que nuestro certamen pictórico debiera titularse en realidad:

EXPOSICIÓN NACIONAL

DE

TEJIDOS,

MADERAS LABRADAS

Y

PRODUCTOS QUÍMICOS

Y en vez de los émulos de Pradilla, Villegas, Sala y Domingo, debían llevarse las primeras medallas... Sert, Eguidazu y Trasviña.

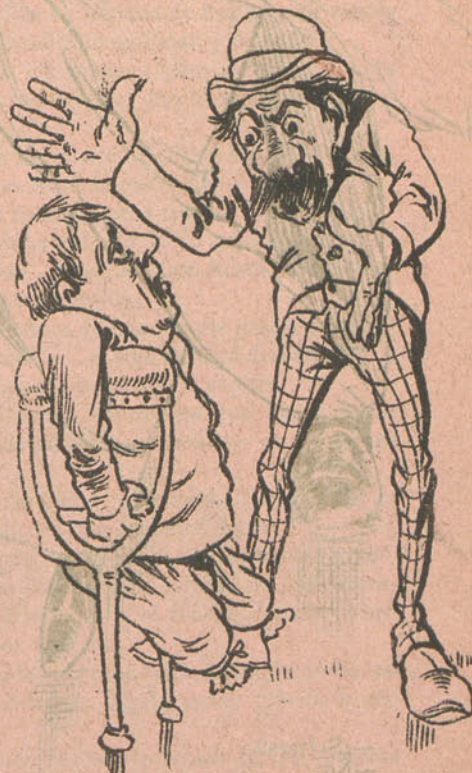
MARIANO DE CÁVIA.



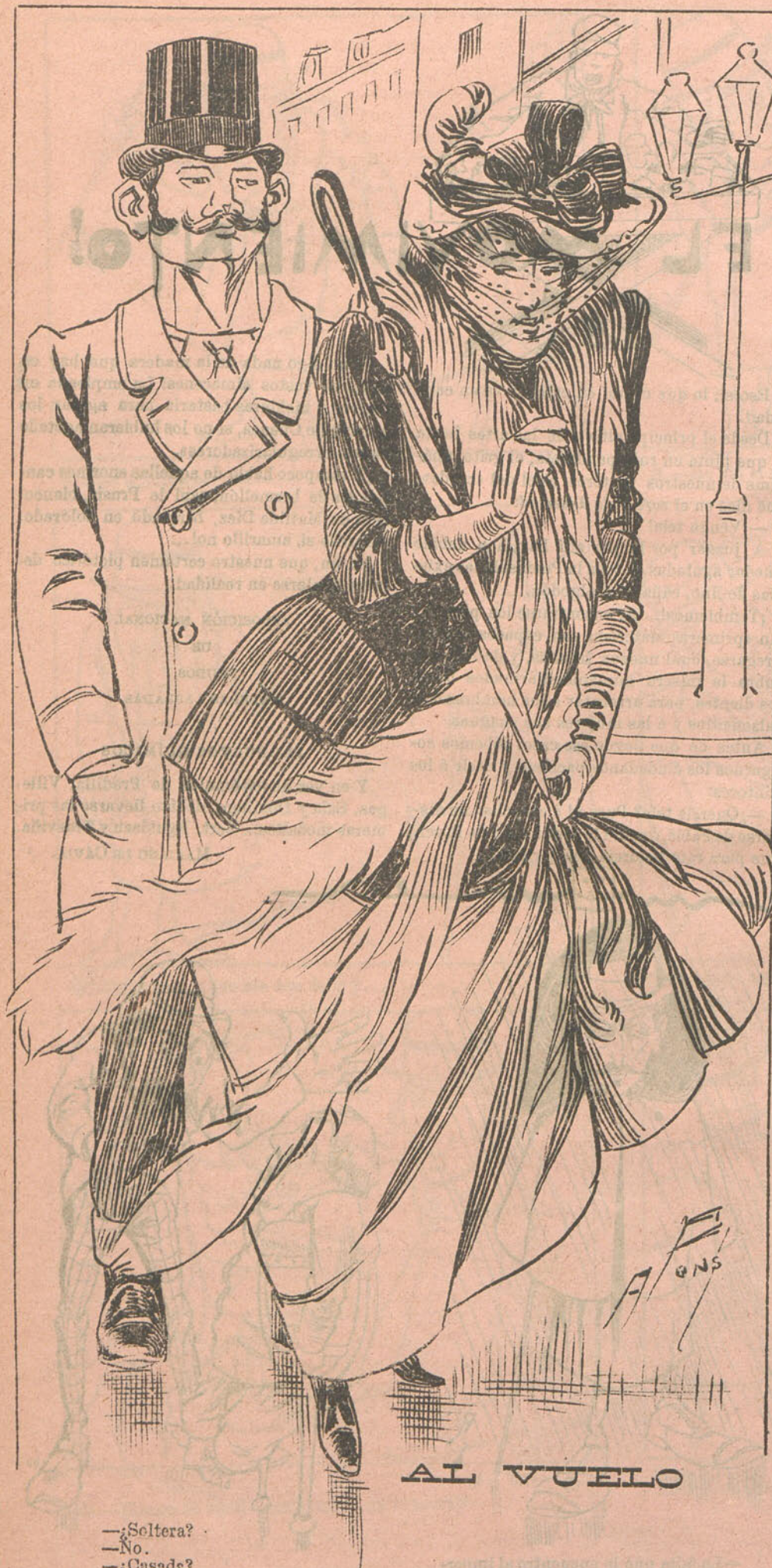
¡Paraguas, paraguas, á ocho reales sin trampa ni cartón!



—La falta que le encuentro al impermeable es que no impide que se me mojen los pies. ¡Yo que cuido tanto la Exposición Nacional de España!



—¡Usted qué ha de saber de eso! Por no saber no sabe ni dónde tiene los pies!



AL VUELO

—¿Soltera?
—No.
—¿Casada?
—No.
—¿Viuda entonces?
—¡Ay! ¡Todavía no!

PALIQUE



CONGRESO de americanistas, congreso católico, congreso de librepensadores, congreso pedagógico, congreso literario, congreso geográfico.

Vean ustedes; Pando y Valle es de ayer y ya llena la tierra.

Porque ¡la de Pandos y Valles que habrá en todos y cada uno de

esos Congresos!

Vanidad, tienes nombre de asamblea.

¡Cuánto congreso, cuánto parlamentarismo!

Y de lo que se trata es de honrar la memoria de Colón.

No parece sino que Colón era un Labra.

¡Pobre Cristóbal! Ahora, para mayor *inri*, se ha discurrido representar en el teatro Español, nada menos, un acto de *Isabel la Católica*, de Rodríguez Rubí, un acto en que sale á escena Colón.

Han de saber ustedes que este drama es aquel en que se dice aquello de

Desde el helado hasta el ardiente polo,

y se habla allí de las tumbas yertas.

Pero no es eso lo peor, sino que con grave ofensa de Isabel la Católica y de Cristóbal Colón, se da á entender que la Reina y el más ilustre de los almirantes, como dice un periódico, se amaban en secreto.

Es la última calumnia con que podían festejar á Colón.

Aprovechando la *centuria* del descubrimiento, como dice otro papel público, en el congreso católico de Sevilla ha dicho un obispo, ó miente el telégrafo, que «el que no era buen católico no podía ser buen ciudadano».

En todas partes cuecen Chiles.

Ese señor obispo, quien quiera que sea, es una especie de redactor de *El Motín*... católico.

¡Ay! todos son unos, aunque con diferentes collares.

Pero entre los obispos fanáticos y violentos y los librepensadores... de *Los Aparecidos*, hay

la diferencia notable que favorece á los tímidos.

Los que lean *Las ruinas de Palmira*... no co- an por ser descreídos.

Y los otros cobran porque creen.

¡Qué cosas no creería Fabié por una renta talicia de 5.000 duros!

Pero como el pobre no cobra más que 30.000 ales de cesantía, se contenta con ser hege- no de la derecha, conforme se viene.

El congreso geográfico empezó con buen e, porque tuvo la *chiripa* de que no lo pre- liese Cánovas.

Pero ya lo presidirá.

He aquí como con motivo de ese congreso, expresa un señor que, fíjense ustedes, se ellida Quijano:

«Pueblos hispano portugueses americanos! lo hay ningún pueblo que sea eso). Aleja- os vosotros, en cierto modo, del positivismo agitaciones de la vida ficticia de Europa, lormecidos en el seno de vuestras magnifi- s regiones, (¡de eso á llamarlos marmotas!) enas si sentís los venenosos tentáculos de despiadada judería moderna... Todos pro- demos de la misma familia, hablamos el ismo idioma, circunvalamos el mismo mar. o no circunvalo ningún mar, señor, y usted ble por sí), y nos unen (idea grandiosa) los ismos intereses. Punible (sic), sería, si (¿qué lo punible? que, desaprovechando la oca- sión del Centenario, no llegáramos á estable- r íntimo acuerdo entre todos para emanci- rnos de esta atmósfera deletérea.»

Lo deletéreo aquí, Sr. Quijano ó Quijada, es la atmósfera, sino la sintaxis... punible. Este señor geógrafo llama después á Eliseo eclus Elise Reclus. Y habla de libertad reci- toca, y de gobiernos respectivos *combinados*, de una etapa que ha de ser punto de parti- a, la cual no puede ser, porque es etapa ó punto de partida.

Todo lo cual prueba, señor de Quesada ó nijano, que la unión hace la fuerza... pero hace la gramática; y que cuando un hom- e no sabe sintaxis ni lo que significan las labras, no lo sabe por muy alejado que viva la vida ficticia de Europa y aunque se am- re de todos los congresos de este mundo. Y dice el Sr. Quijano que todos hablamos mismo idioma!

¡Qué hemos de hablar!

Por ejemplo, yo no hablo el idioma de los óses... incorrectos que habla el Sr. Ferrari. cual dice:

OFRENDA

Á MIS AMIGOS DE VALLADOLID

Valladolid, patria mía,
noble tierra de mi amor,
metrópoli del honor

¿Con que el honor de los de Valladolid es etropolitano?

De modo que yo, que soy de Zamora, ten- un honor sufragáneo.

y emporio de la hidalguía,
antes que *mi poesía*
te cante como señora
á quien se alza triunfadora

Bueno, sin comentario, adelante, pero in- verosímil.

deja que, pues á tí acude
mi corazón te salude
como á madre á quien se adora.

II

Mis recuerdos mal dormidos

(pero dormidos, ¿eh?)

son como árgomas y hiedras...

No puede ser; desde ahora digo que no pue- de ser. Cómo los recuerdos han de parecerse á las árgomas, que son plantas ásperas, con picos y flores amarillas, y que machacadas, sirven de pienso para el ganado. Sobre que

las árgomas tampoco se parecen á la hiedra ó á las hiedras, como dice Ferrari.

Mis recuerdos mal dormidos
son como árgomas y hiedras
que arraigarán en las piedras
de tus muros carcomidos.

No conozco bien los muros de Valladolid, pero se me figura que no deben de criar árgo- mas. Ya van dos veces que el Sr. Ferrari da pruebas de no saber lo que es árgoma: una ahora y otra en el *Abelardo* famoso.



—Pues hijo, de bailarina, ganándome la vida con los pies.

—Caramba ¡como yo!

—¿También bailarín?

—¡Ca, no, señora! pisador de uva pa lo que guste mandar.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el Sr. Ferrari no se mete en congresos geográficos de once varas, y si desbarra, des- barra como individuo y sin pretensiones de colectividad.

Por eso tiene disculpa cuando dice

.....
mientras de tus oradores
la voz, que doquier te abona,
en la cátedra alecciona
en el foro... *repercute*.

(¡Diablo de verbo! ¿De modo que en el foro se habla por el gusto de oír *repercute*?

en la asamblea discute
y en el Consejo sanciona.

(Ni los consejos son para sancionar, ni se discute solo en la asamblea, ni la voz reper- cute sólo en el foro, ni repercute en el foro cuando las condiciones acústicas lo impiden.)

Pero, ya dije; el Sr. Ferrari tiene disculpa... porque es solo; no es congreso ni se llama legión.

Qué tono se dan estos grandes de la tierra.

No sé que cuestor de palacio ó prefecto del pretorio, le dice á Cánovas en un telegrama, que «el jefe superior de tal cosa pone en el superior conocimiento de Cánovas, que el Rey tiene un empacho... que es lo único que no se atreve á llamar superior.

¡Cuánta superioridad!

Y después resulta que estos *próceres*, lo úni- co superior que suelen tener, es el vino.

Dato, ¿por qué buscas datos?
Documentos y testigos,
mientras manden los amigos,
serán nada... en muchos platos.

Montecristo, revistero de salones, empuña los pletillos de los días de fiesta para cantar las bodas del hijo de Pidal, y exclama:

«Hasta las mismas puertas de la capilla llegó el tren especial que conducía á los invi- tados.»

¡Hasta los trenes se exceden á sí mismos, cuando se trata de gente rica y poderosa!

Son el demonio esos trenes... del Norte.

Se trataba del hijo de un gran consejero... ferroviario... y llega el tren hasta las mismas puertas de la capilla.

Si se tratara de una simple pareja de viaje- ros ordinarios... el tren hubiera descarrilado... á las mismas puertas de la capilla.

Después dice *Montecristo* que los modestos alcaldes de pueblo iban envueltos en el severo frac.

Vaya un modo de decirles á los alcaldes de pueblo que el frac les viene ancho.

Y concluye *Montecristo* diciendo que la fies- ta fué brillante por la calidad de los contra- yentes; brillante por el ilustre concurso; bri- llante por etc., etc...

Brillante... por los brillantes de la novia, se- ñor *Montecristo*; dígalos usted y brille la cla- ridad.

También habla *Montecristo* de dos juveniles señoritas.

¡Y también *Montecristo* será de los que dicen que en la América española y en España todos hablamos el mismo idioma!

CLARÍN.

UN CAMBIO DE SACOS



1.—¡A la buena castaña, calentita!



2.—Hoy hace un año que no veo á mi hijo.



3.—¡Padre! — ¡Hijo mío!



4.—¿Y cómo te va?—Pues ya ve usted, bien.



5.—Cuánto me quiere mi padre y cómo pesan estas castañas.



6.—Castañero, castañero! haga usted el favor.



7.—En la vida ha comido usted castañas como estas.



8.—¡Caramba! ¡El hipopótamo de mi padre!!!

Cuentos Franceses

EL SOMBRERO NUEVO



Los privilegiados de la fortuna que comprar un sombrero cada mes, no logran jamás tener un sombrero nuevo.

La razón de este fenómeno es muy sencilla: esos caballeros nunca tienen sombreros viejos, y es evidente que lo primero que se necesita para tener un sombrero nuevo es tener

además un sombrero viejo.

Aunque sólo haga veinticuatro horas que ha comprado usted el más flamante de todos los sombreros del mundo, si no ha conservado usted el otro para los días de lluvia, es imposible que diga usted al criado ó á la esposa ó á la... que se encuentre más cerca:

—Dame el sombrero nuevo.

Hay que decir modesta y sencillamente: «Dame el sombrero», y decirlo sin énfasis, sin vanidad, sin añadir esa palabra nuevo, expresión exacta de un orgullo legítimo: el orgullo del hombre que sólo compra un sombrero cada año.

Además, este cambio anual de tapadera de cabeza de familia, es un acontecimiento en la casa.

El marido limpia el sombrero con la lengua, sopla á contrapelo para saber si es buena la seda, lo ajusta á la rodilla y estira las piernas para arquear las alas, y lo presenta con orgullo á su mujer, diciendo:

—Mira, es de casa de Orsay. ¿Qué te parece?

—Me parece chiquitín y ridículo.

—¿Qué sabes tú?—dice el marido visiblemente contrariado.—Las mujeres teneis un gusto detestable para elegir las cosas de los hombres.

—Es posible; pero, ¿á mí qué me importa? Tú lo has de llevar....

El marido envuelve su compra en un papel, la mete después en la sombrerera y ésta en un armario sin decir una palabra más.

A la oficina llevará el viejo.

Pero una mañana dice á su esposa:

—Voy á casa de Dubief. Estaba por ponerme el sombrero nuevo, ¿eh?

—Si así te gustas más....

—Ni me gusto ni no me gusto.

—Pues no te lo pongas.

—¿Crees que lo he comprado para hacer flanes?

—Pero, ¿qué quieres que te diga, hombre?

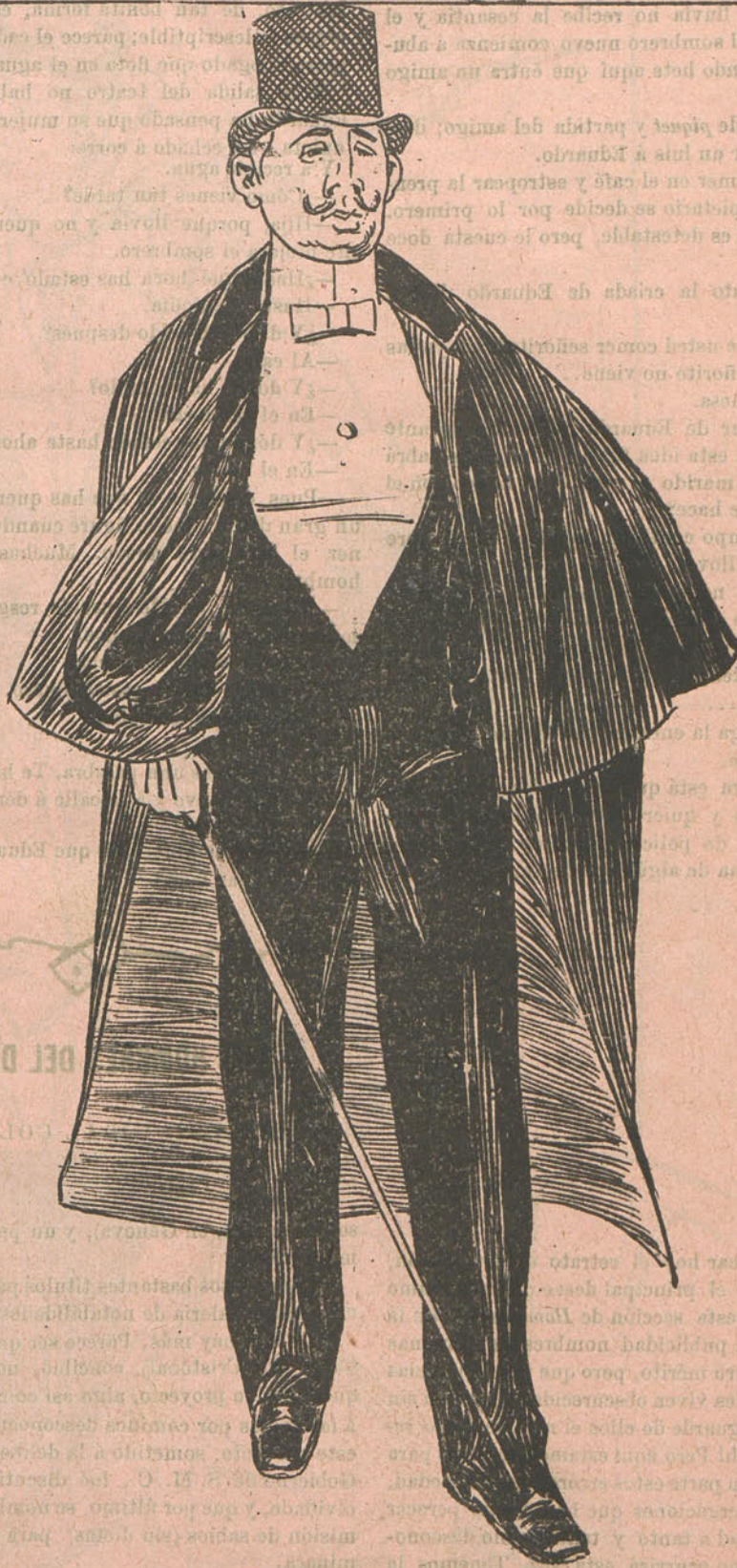
—Nada.

Y se marcha, con el sombrero nuevo, á ver á Dubief.

La señora queda pensativa un instante, y se asoma después al balcón, murmurando:

—¡Vaya una idea rara! Ponerse el sombrero nuevo. Precisamente va á llover.

En efecto; empieza á llover á cántaros.



—¡Qué bien si yo hubiera descubierto América! Todos estos festejos serían para mí. ¡Qué honor para mi familia!

Eduardito (*nuestro* marido), se separa de Dubief en el *boulevard* del Temple

La calle de l'Arcade está tan lejos, que, para resguardar el sombrero, Eduardo se mete en un café hasta que cese la lluvia.

Pero la lluvia no recibe la cesantía y el hombre del sombrero nuevo comienza á aburrirse, cuando hete aquí que éntra un amigo en el café.

Partida de *piquet* y partida del amigo; después ganar un luis á Eduardo.

Entre comer en el café y estropear la prenda, su propietario se decide por lo primero. La comida es detestable, pero le cuesta doce francos.

Entretanto la criada de Eduardo dice á su ama:

—¿Quiere usted comer señorita? Son ya las ocho; el señorito no viene....

—A la mesa.

La mujer de Eduardo ha tenido durante todo el día esta idea fija: «¿Para qué se habrá puesto mi marido el sombrero nuevo con el tiempo que hace?»

Y el tiempo continúa haciendo.... siempre lo mismo: llover.

Eduardo no quiere pasarse la vida en el café ni que el sombrero se le cale, y se decide á entrar en el teatro del Ambigü.

—En el teatro—se dice—no gasto, ni bebo, ni juego....

Pero paga la entrada, eso sí; cinco francos. Las doce.

La señora está que la pueden ahogar con un cabello y quiere enviar á la criada á la prefectura de policía. Eduardo puede haber sido víctima de algún accidente.....

La criada afirma que vale más aguardar un poco, que el señorito no puede tardar....

En efecto, el señorito se presenta en su casa á la una, chorreando más agua que las cubas de riego. Aquel sombrero tan flamante, tan lustroso, de tan bonita forma, es ahora un objeto indescriptible; parece el cadáver de un perro ahogado que flota en el agua del Sena.

A la salida del teatro no había coches, Eduardo ha pensado que su mujer estaría inquieta y ha echado á correr. Y á recibir agua.

—¿Cómo vienes tan tarde?

—Hija, porque llovía y no quería que se me mojara el sombrero.

—¿Hasta qué hora has estado con Dubief?

—Hasta mediodía.

—¿Y dónde has ido después?

—Al café.

—¿Y dónde has comido?

—En el *restaurant*.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—En el teatro.

—Pues entonces dí que has querido darte un gran día. Ya me lo figuré cuando te vi poner el sombrero nuevo. Muchas gracias, hombre.

—¡El gran día! He querido resguardar el sombrero, ni más ni menos..

—Haber tomado un coche.

—Tampoco quería gastar dinero.

—¿Has comido de balde?

—No; pero...

—No me digas una palabra. Te has puesto el sombrero nuevo y á la calle á derrochar el dinero. ¡Está bien!

Más que el sombrero, lo que Eduardo se ha puesto son las botas.

Desde entonces, siempre que encuentra excesivos los gastos de su mujer, ésta le replica:

—¿Sé yo acaso en qué gastaste tú cuarenta francos el día que te pusiste el sombrero nuevo?

La comida está siempre fría y mal condimentada; la señora vuelve tarde de sus visitas ó sus compras, ó de donde sea, porque él no lo sabe. Pero como abra la boca para quejarse, se la tapan con estas palabras:

—¿Me quejo yo cuando me haces pasar días y noches enteros con la mayor inquietud, como el día que te pusiste el sombrero nuevo?

En otro tiempo, al apearse ella del coche en la esquina de su calle, después de... ¡vaya usted á saber! la pobrecilla sentía remordimientos, y no ponía el pie en su casa sin decir por lo bajo:—¡Pobre Eduardo!

Ahora se encoge de hombros, y con el abrigo delante de la boca, murmura:

—¡Bah! ¿Qué sé yo lo que él hizo el día que se puso el sombrero nuevo?

JULES NORIAC.



LOS HOMBRES DEL DIA

DON CRISTÓBAL COLÓN

Al publicar hoy el retrato del Sr. Colón, realizamos el principal deseo que nos animó al fundar esta sección de *Hombres del día*: la de dar á la publicidad nombres de personas de verdadero mérito, pero que por injusticias inexplicables viven oscurecidas y mueren sin que nadie guarde de ellos el más pequeño recuerdo. ¡Ah! Pero aquí estamos nosotros para subsanar en parte estos errores de la sociedad, estas postergaciones que han hecho perecer de necesidad á tanto y tanto genio desconocido. No, no ocurrirá esta vez. Tenemos la honra de ser los primeros en lanzar el nombre del Sr. Colón (D. Cristóbal), á los vientos de la publicidad, y esperamos confiados que la prensa secundará el noble propósito que nos anima.

El Sr. Colón (D. Cristóbal), es un hombre de mérito indiscutible, diga lo que quiera el Sr. Vidart, un marino distinguido, pese al señor Novo y Colson; un genovés dignísimo (porque el Sr. Colón (D. Cristóbal), nació,

según se cree, en Génova), y un padre de familia probo.

¿No son estos bastantes títulos para figurar en nuestra galería de notabilidades?

Pues aún hay más. Parece ser que el señor Colón (D. Cristóbal), concibió, no sabemos qué atrevido proyecto, algo así como un viaje á las Indias por caminos desconocidos, y que este proyecto, sometido á la deliberación del Gobierno de S. M. C., fué discutido y casi olvidado, y que por último, se nombró una comisión de sabios (sin dietas) para que dictaminara.

Citado el Sr. Colón (D. Cristóbal), para que compareciera ante la comisión y defendiera allí su pensamiento, fué, en efecto, y discutió con los sabios, sosteniendo una polémica crudísima y profunda, de la que aunque salió derrotado, ganó la victoria moralmente.

A pesar de este rasgo de valor oratorio, el señor Colón (D. Cristóbal), vivía ignorado, hasta que á nosotros nos dió en la nariz que bajo aquella apariencia de modestia y aquel traje

humildísimo, había un hombre de talento. Y no hemos titubeado en darlo á la publicidad.

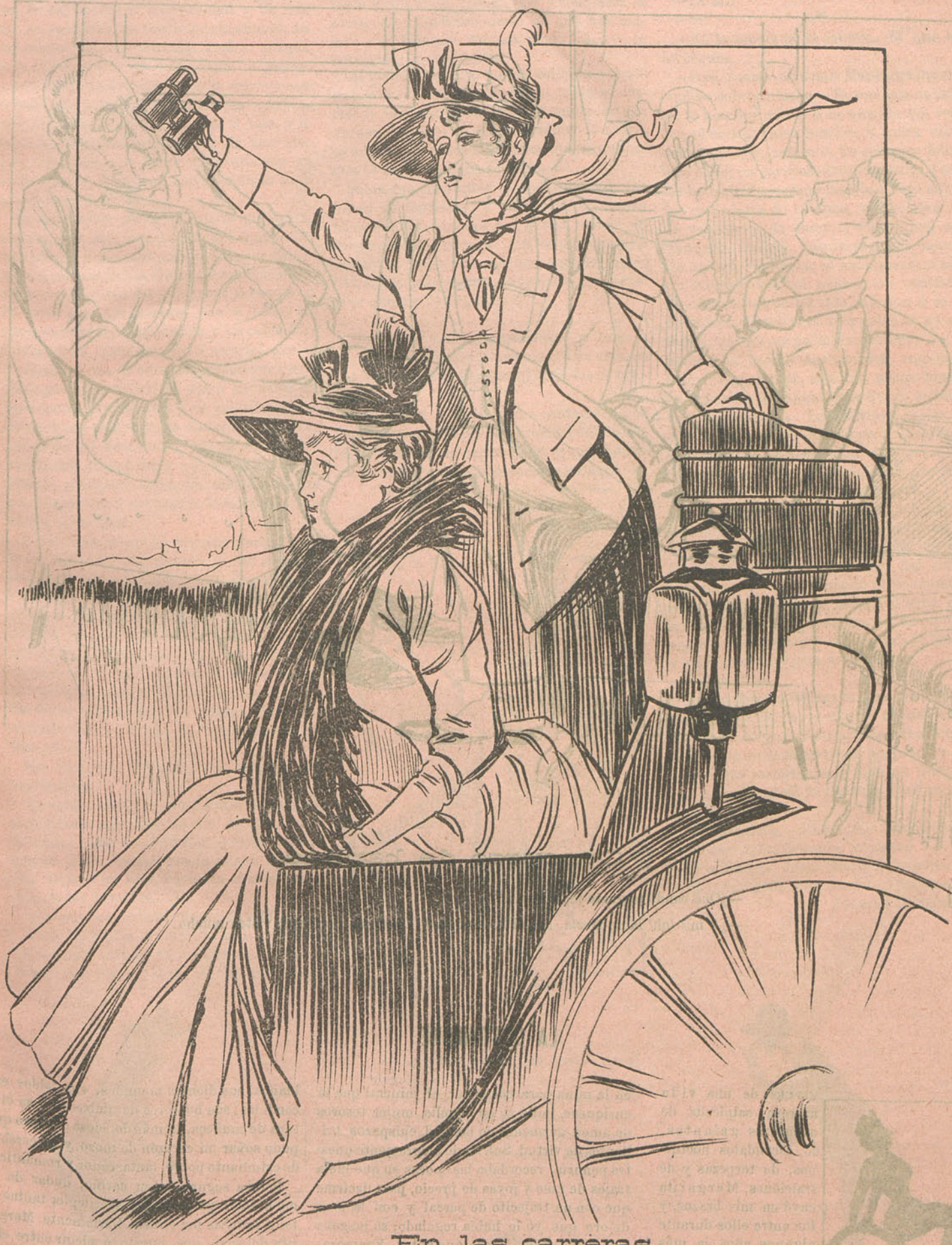
¡Ojalá todos los periódicos que se dedican á publicar retratos de genios discutibles, imitaran nuestro noble ejemplo.

No porque el Sr. Colón (D. Cristóbal) sea italiano, (el Sr. Vidart nos lo ha asegurado bajo su palabra), habíamos de excluirlo de una galería de eminencias españolas. Lleva ya en España tantos años, que bien podemos considerarlo como compatriota.

Por último, se dice, sin que nosotros podamos asegurarlo, que el Sr. Colón (D. Cristóbal), realiza por fin su viaje á las Indias (á pesar del dictamen de la comisión), y que además se propone descubrir un mundo, al que llamará América, por su íntima amistad con el Sr. Vespucio (D. Américo).

Si esto fuera un hecho y al Sr. Colón (don Cristóbal) correspondiera la gloria de descubrir un nuevo mundo, á nosotros nos cabría la gloria, no menos grande, de haberle descubierto á tiempo á un hombre de talento.

BOBADILLA.



En las carreras.

- ¿A quién saludas?
- A *Flavorita*. Tiene fama de haber corrido mucho.
- Como tú.





Concurso de bandas.

—¿Qué banda te gusta más, Pepito?

—¿A mí? ¡oh! la de María Isabel Luisa ó la de Cristo de Portugal; visten mucho.

LA COSTUMBRE



ESPUÉS de una vida azarosa, salpicada de aventuras galantes, de escándalos nocturnos, de torpezas y de traiciones, Margarita cayó en mis brazos, y fué entre ellos durante algunos años, la más fiel de las mujeres, la más sumisa de las amantes, y la más apasionada de las hembras.

Ahondando en su espíritu como se ahonda

en la mina para encontrar el mineral que la enriquece, hallé yo en aquella mujer tesoros de amor, gérmenes de bondad, chispazos brillantes de virtud. Sufriendo alegremente nuestra penuria, recordaba las épocas en que lucía trajes de raso y joyas de precio, para decirme que con un trajecito de percal y con la cruz de oro que yo le había regalado, se juzgaba cien veces más dichosa que antes. Enamorada de mí hasta el punto de despreciar por mí oropeles y fáustos, capaz de todos los sacrificios y abnegaciones, desinteresada en extremo, hermosa, joven, inteligente, era Margarita, con su pelo negro, sus ojos azules, su tez

blanca, sus dientes menudos, sus labios encendidos, sus hombros de alabastro y su cintura de muñeca, la más deliciosa criatura que pudo spiar mi corazón de mozo, y mi cerebro de estudiante pobre, fantaseador y romántico.

Estaba seguro de su cariño; dudar de él me hubiera parecido un sacrilegio; tantas y tales pruebas me ofrecía diariamente Margarita del suyo, que, puesto á elegir entre ella y mi Dios, hubiese dudado de mi Dios. A mi Dios lo conocía por referencia de fe, por tanteos de mi inteligencia, por presentimientos de mi espíritu; no era imposible que me equivocara respecto de él. Ella no; ella me pertene-

cía en cuerpo y alma; estaba siempre delante de mi juicio; podía estudiarla, analizarla, someterla á los experimentos de mi razón en cualquier instante; en nuestras horas de placer, en sus noches de tranquilidad y de calma, en sus actos, en sus determinaciones, en sus sueños, en su existencia entera, porque toda su existencia era mía, desde el pensamiento que se estereotipaba en su frente antes de salir por su boca, hasta el suspiro que brotaba de su pecho para entrar en el mío, y la lágrima silenciosa que rodaba de sus ojos para caer sobre mis labios tan avarientos en el disfrute de su belleza, como pródigos en el consuelo de su dolor.

No era posible dudar de ella; la que sufría, sin quejarse, mis miseria; la que compartía mis afanes, y alentaba mis sueños, y se doblegaba á mis caprichos, no podía engañarme, y yo la amaba como debe amarse á la esposa en su hogar feliz; sin zozobras, con el honor seguro, la confianza satisfecha y los celos dormidos; creía, cómo no iba á creerlo que el destino, por una de esas extravagancias que le distinguen, me regaló la dicha envuelta en los vapores de una orgía y en las vibraciones de un deseo carnal, y me declaré, en las soleadas de mi conciencia, que la casa donde residíamos Margarita y yo era un hogar legítimo, y nuestro lecho un tálamo, al que por distracción ó por desidia le faltaba la bendición de un cura.

Y así vivimos mucho tiempo, mucho, siendo yo dueño de la hermosura y del alma de Margarita; sin engañarla, y sin llegar nunca á averiguar los motivos de una extraña inquietud, que á las veces se apoderaba de ella, de algo, así como una sombra, como un pesar que nublaba su espíritu y que yo atribuía al recuerdo de su vida anterior, á la vergüenza que debían causarle los precedentes anteriores de su existencia. Ese pasado tiene que borrarlo nuestro cariño—le decía yo.—No sufras por él.

No, Juan mío, no sufro. Te aseguro que soy dichosa.

Yo estaba cierto de que mentía; á Margarita le faltaba algo que no era cariño, ni oro, ni amor... algo indescifrable para mí; algo de que no pude darme cuenta nunca mientras ella vivió á mi lado, haciendo el más venturoso de los hombres.

¿Verdad que no debía dudar de ella?...

Pues Margarita me engañó una noche con un hombre cualquiera, y yo lo supe como se saben esas cosas, porque sí, sin buscarlas...

Va uno por la calle tranquilo, satisfecho, sin pensar en peligros, sin creer en desgracias, y de pronto sale de la sombra un brazo armado de un puñal y sepultó el puñal en nuestro corazón y nos mata. ¿Quién fué? ¿Cualquiera la averigüé... Lo único cierto es que han matado á un hombre. De ese modo supe yo la infidelidad de Margarita.

Ni maté, ni herí, ni golpeé siquiera á aquella mujer... La cogí de un brazo, y sin cuidarme de sus lágrimas, la puse en la calle... Perdón—gritó.—No pidas perdón—la dije—es inútil. Me conoces lo suficiente para saber que no he de perdonarte nunca.

Sabía que era verdad y se fué con los ojos llenos de lágrimas, y volviendo la cabeza hacia el fondo obscuro del portal, donde yo, desgarrándome el pecho con las uñas y recordando de golpe todo lo que aquella mujer había sido para mí, me dirigía esta pregunta: ¿Por qué me ha engañado?

Margarita estaba muriéndose y deseaba verme, y me suplicaba que fuera á su casa, en una carta llena de lágrimas y de faltas de ortografía.

Fuí, llegué al lado suyo, contemplé con pena aquel semblante descarnado por la muerte y empalidecido por el dolor, y apreté entre las mías sus manos temblorosas y flacas.



—Al probe me lo han metió en el abanico.

—Pos mira, lo siento, porque no te podré ayudar. Me paice, me paice que voy á hacer una visita á mis posestones de Africa; las tengo algo abandonás.

¡Me muero, Juan, me muero!—dijo Margarita—y me muero de pena, porque he perdido tu cariño, porque tú eres el único hombre á quien he amado en el mundo.

—¿A mí?

—Sí.

—En la agonía no se miente. El que ama no engaña.

—Oye, Juan,—exclamó Margarita incorporándose sobre el lecho.—Te juro que no miento; te juro que sólo á tí he querido de veras, que tú eres el único hombre á quien me he entregado por entero... Yo era muy feliz al lado tuyo; tus caricias, distintas todas á cuantas he recibido, porque llegaban á mí envueltas en pedazos de tu alma, me volvían loca de ventura y de amor... Pero aquel amor tranquilo, sereno, respetuoso, sin engaños, sin golpes, sin dudas, ni amarguras, ni celos, era tan extraño, tan nuevo, tan contrario á las costumbres de mi vida anterior, á lo que constituía el ambiente respirable de mi existencia, que no me podía acostumbrar á él. Yo necesitaba luchas apasionadas, rugidos de fiebre, algo brutal, sensible, menos honrado que aquello. De engañarme tú, yo te hubiera sido fiel siempre... Las lágrimas, y los tormentos, y las desesperaciones producidas por tu infidelidad hubieran sido bastantes á satisfacer esta parte de mi organismo: necesitada de emociones agrias y tormentosas... Tú no me engañaste y te engañé yo sin dejar de quererte, sin querer al hombre que fué mi dueño... despreciándole... La placidez de nuestro afecto me era insostenible. Así como el estómago se estraga cuando se acostumbra á manjares picantes, se estraga el alma cuando entre pasiones bastardas se desarrolla y crece... Nuestro amor era demasiado honrado y yo lo deshonré para amarte más.

—Qué dices.

—Que desde entónces te amo con locura, y que aquella noche, al salir de tu casa era feliz, más feliz que nunca, porque saboreaba cosas que me eran precisas, tan precisas como el aire que respiramos, y que no disfrutaba hacía cuatro años: la traición y el remordimiento.

Y Margarita, soltando mis manos y dejándose caer sobre la cama, murmuró.

—Perdóname, Juan. ¡No tuve la culpa!... La costumbre pudo más que yo... ¡Perdóname!

JOAQUÍN DICENTA.



LOS HOMBRES DEL DÍA



DON CRISTÓBAL COLÓN. Distinguido marino.

Los anuncios para LA CARICATURA sólo se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.



Tienen excelente casco; y aunque le pegue un tu- [desco, con sombrero de CARRASCO usted se queda tan fresco. 26, Carretas, 26



Chocolate de LA ESPAÑA le dieron á Sarasate, y desde entonces regaña á la patrona tacaña que le da otro chocolate. Santa Engracia, 14.

E. DE PALACIO

ADAN Y COMPAÑÍA

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

La Sociedad de sustitución y redención del servicio de las armas, titulada *La sin rival*, es indiscutible la que más conviene á los padres de familia, cuyos hijos sorteen en el actual reemplazo, tanto por la economía que tiene establecidos en los precios de las operaciones que efectúa, como por las garantías absolutas que da á los que contraten con la misma. Abada, 7 principal.

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO, MADRID

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RA MON MILLET.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de $\frac{1}{2}$ año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTISIMO



PARA MAS DETALLES,

PÍDANSE PROSPECTOS AL SEÑOR DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, NUM. I, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.

—¿Que por qué soy feliz? Porque he depositado mi dinero en casa de Cerrolaza.

Número

15 CÉNTIMOS

LA CARICATURA

desde el 5 de Noviembre.

Dijimos en nuestro número anterior que nos proponíamos hacer de LA CARICATURA un periódico á la altura de los mejores del extranjero, y no tardaremos en ver realizados nuestros deseos.

El próximo número, del 5 de Noviembre, será un verdadero acontecimiento en este género de publicaciones.

CONTAMOS CON TRABAJOS QUE LLEVAN LA FIRMA DE LOS SEÑORES

Cada número
constará de

16 GRANDES PÁGINAS
y contendrá abundante y variado texto, y más de

50 FOTOGRAFADOS

hechos por los procedimientos más perfectos.

No por eso se altera el
precio del número, que seguirá vendiéndose á

15 CÉNTIMOS

DIRECTOR ARTÍSTICO

ANGEL PONS

Alas, Leopoldo (Clarín).

Abate Pirracas.

Bianco, Ramiro.

Boñil, Pedro.

Burgos, Javier.

Cávia, Mariano de.

Delgado, Sinesio.

Dicenta, Joaquín.

Esbri, José María.

Estrañi, José.

Estremera, José.

Ferrari, Emilio.

Flores García (F.)

Franco Rodríguez, José.

Laserna, José de.

Lucio, Celso.

Matóses, Manuel.

Ortega Munilla, José

Palacio, Eduardo de.

Palacio, Manuel del.

París, Luis.

Picón, (J.) Octavio.

Ramos Carrión (M.)

Rojas, Pedro de.

Rueda, Salvador.

Sanchez Perez (A.)

Serrano de la Pedrosa (F.)

Silva, José Lopez.

Taboada, Luis.

Urrecha, Federico.

Valdés, Luis.

16
PÁGINAS

15 CÉNTIMOS
Número.



Lit-MENDEZ-Isabel la Católica, 25. Madrid.